

tulo ha sido muy favorecida, y ella le tiene en mas que otro ninguno despues del de madre de Dios. Por este motivo S. Efren (1) y Jorge de Nicomedia (2) la llaman incensario de oro fino, porque presenta á Dios nuestras oraciones y súplicas con mas utilidad para nosotros que todos los otros bienaventurados. Con efecto si aun viviendo ella en el mundo, nos era tan favorable su intercesion que alcanzaba cuanto queria; ¿qué habremos de pensar que hace ahora en el cielo, donde su caridad es mas ardiente y á donde fué ensalzada para interceder por nosotros con mas eficacia y poder, segun canta la iglesia? Por la misma consideracion S. Buena-ventura le aplica las palabras que decia á Ruth el prudente y caritativo Booz: «Bendita seas de Dios, hija mia, porque has colmado la primera misericordia por una nueva (3).» «Grande en verdad, dice el santo doctor (4), fué la misericordia de la madre de Dios cuando aun estaba detenida en la cárcel de su cuerpo mortal; pero sin comparacion es mayor la que nos hace experimentar ahora en el cielo; porque si en razon del primer estado la iglesia la llama hermosa como la luna, en consideracion del segundo la apellida escogida como el sol, pues el estado presente no excede menos al pasado en misericordia y valimiento, que el sol á la luna en claridad. Bien merece el asunto considerarse despacio, y la eficacia de tal intercesion debe de representarse mas particularmente.

(1) Serm. de laudibus Virg.

(2) Orat. de præsentat. B. Virg.

(3) Ruth, III.

(4) Specul. Virg., cap. 8.

§. III.—Con qué ventaja ejerce la madre de Dios el oficio de abogada en el cielo.

I. El cielo se ha reservado siempre el poder de reformar los decretos de la tierra y ordenar las leyes y estatutos de los hombres; ó por mejor decir, hay muchas cosas en este mundo, que aunque están muy bien establecidas, no tienen valor en el cielo. Las leyes humanas prohiben con mucha sabiduría que las mujeres sean admitidas á ejercer la abogacia, porque fuera de la debilidad ordinaria de su entendimiento y de su natural locuacidad sus gracias y atractivos tendrian gran influencia en el corazon de los jueces. Habiéndose permitido á la hermosa, pero poco casta Frine defender su causa ante los jueces de la Grecia, logró casi trastornarles el juicio con su hermosura y con sus dulces palabras. Los mismos griegos anduvieron mas discretos y acertados cuando no quisieron oír jamás á la hermosa Helena por evitar semejante inconveniente. Pero lo que es bueno en la tierra, no siempre está admitido en el cielo, donde no puede haber sorpresa, ni pasiones desordenadas; allí las mujeres son oídas lo mismo que los hombres, y despues del Salvador nadie habla con tanta eficacia y majestad como la virgen María. Esto me convida á ofrecer algunas consideraciones, que servirán para manifestar con qué perfeccion desempeña el oficio de abogada general, que es el título de que ahora tratamos.

*Primera excelencia de la intercesion de la gloriosa virgen Maria.*

II. La primera excelencia de su intercesion es que se extiende generalmente á todas las criaturas que estan debajo de Dios; de manera que podemos decir de ella lo que David dice del sol: que todos participan de la

apacible influencia de su calor. Con este motivo me acuerdo de la observacion de los cabalistas hebreos, quienes dicen que cerca de Dios hay una criatura ensalzada sobre todas las demas, á la que llaman Mitatron, es decir, la princesa de las caras. Apellidanla asi, porque está siempre delante de la presencia de Dios haciéndole presente las diversas necesidades de los hombres y hablando por ellos con grandísimo poder. Estas son sus ficciones ordinarias; mas la verdad oculta en ellas es que María es la única entre las simples criaturas que puede ejercer digna y provechosamente el oficio de abogada é intercesora de todos los hombres. Por lo cual le habla de esta suerte el bienaventurado obispo Zacarias (1): «Acudimos á tí, oh santa señora, y corremos detras de tí á la suavidad de tus perfumes: ayuda á los que corren, alivia á los que estan fatigados, levanta á los que estan caidos, para que seamos recibidos contigo. Tú has extendido tus ramas como el terebinto por toda la superficie de la tierra, y nosotros venimos á guarecernos debajo de ellas, para que nos preserves de los ardiertes rayos del sol, de la incomodidad de la lluvia y de la furia de los torbellinos.» ¿Y por qué no hemos de decir tambien de ella lo que se lee en el Eclesiástico; que cubre como una nube toda la tierra, para que no la dañe el excesivo fuego de la justicia de Dios (2)? Entre María y los santos, dice el docto Idiota (3), hay una diferencia, y es que estos se emplean principalmente en favor de algunos devotos suyos, que se encomiendan con especialidad á ellos; pero la Virgen así como es la reina de todos, es la abogada de todos, y su piedad y caridad los recibe á todos. Los otros han tomado la proteccion particular de algunas personas, de alguna familia, ciudad ó provincia.

(1) Serm. de Assumpt. Virg. (3) Contempl. de B. Virg.  
 (2) Eccli., XXIV.

Santa Genoveva defiende principalmente la ciudad de París, S. Justo la de Leon de Francia, S. Fermin la de Pamplona, y así de otras; pero la Virgen abraza generalmente la Francia, la Italia, la España, la Grecia, las Indias, la Europa, el Africa, la América y todas las regiones alumbradas por el sol. Esto han querido representar en cierto modo los pintores poniendo debajo del manto de nuestra señora á todas las naciones de la tierra: los grandes y los pequeños, los jóvenes y los viejos, los pobres y los ricos, los doctos y los ignorantes, los justos y los pecadores, los hombres y las mujeres, en una palabra todas las criaturas estan cobijadas bajo del manto de María, y todas recurren á ella como á su refugio comun (1). ¿Diré mas? ¿Y por qué no lo he de decir? Los santos que estan en el cielo, desde el mas encumbrado serafin hasta el niño mas pequeño que murió con la gracia bautismal, necesitan de su intercesion y recurren á ella cuando quieren alcanzar algo de Dios. En esto se descubren admirablemente la grandeza de su intercesion y la necesidad que tenemos de su favor, porque cuando recurrimos á los santos, no acostumbramos suplicarlos que intercedan los unos con los otros; sin embargo lo hacemos cuando se trata de la madre de Dios, para con la cual interponemos el valimiento de todos los otros santos; y aun ellos mismos cuando quieren lograr mas fácilmente lo que pretenden, recurren á ella como á la

(1) Adicion de la madre María Jacoba de Blemur. — «Digo mas; que esta Virgen admirable obra en el cielo con Dios y con Jesucristo su hijo y su esposo (aunque despues de ellos y por la gracia que ellos le comunican) todo lo que hay en el estado de los santos, su union á Dios y entre sí, su amor á los fieles que viven aun sobre la tierra, su propension á asistirlos, su atencion á socorrerlos en todas sus necesidades; y por este poder y conducta nos envia ella los ángeles que tiene por conveniente, para que nos asistan en nuestras necesidades.»

abogada general del mundo y á la que goza de la privanza de Dios. «Pero tú, santa señora, decía S. German de Constantinopla (1), tú tienes un poder y valimiento independiente de cualquiera que no sea Dios; y no necesitas interponer á nadie, cuando quieres conseguir de él alguna gracia.»

*Segunda excelencia.*

III. La segunda excelencia de su intercesion consiste en la generalidad de las causas y memoriales que se le dirigen. «Nosotros recurrimos verdaderamente á todos los santos del cielo, dice el abad Ruperto (2); pero eso no quita para que pongamos especialmente los ojos en tí, oh Virgen santa, que eres el monte de los montes, la virgen de las virgenes y la santa de las santas, porque los otros tienen limitada su jurisdiccion y los negocios de que han de tratar.» En tiempo de peste acudimos á S. Sebastian y á S. Roque y en tiempo de guerra á S. Miguel; en el mar á S. Nicolás y en la tierra á S. Rafael y á los santos reyes; contra el fuego á S. Lorenzo y S. Antonio abad; contra las inundaciones á S. Florencio; para la epilepsia á san Valentin; para las enfermedades de los ojos á santa Lucía, y así de las demas, segun sabemos que Dios les ha comunicado sus gracias; pero su madre santísima no tiene limitado ni circunscrito el favor y valimiento. Así la invocamos en las enfermedades y plagas, en los males y peligros, en toda especie de necesidades: recurrimos á ella en tiempo de paz y de guerra, de hambre y de peste, en la prosperidad y la adversidad, en la vida y en la muerte: por su intercesion pedimos los bienes llamados de fortu-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Prolog. in Cant.

na, los del cuerpo y los del alma, la gracia y la gloria: en una palabra nada de cuanto se encierra en los tesoros del poder y liberalidad de Dios excede los límites de la intercesion de Maria. Con cuyo motivo S. Agustin (1) y despues Arnulfo de Chartres le dirigen estas hermosas palabras, que la iglesia ha incluido en el oficio de la misma señora: «Santa María, socorre á los desgraciados, ayuda á los pusilánimes, pide por el clero, intercede por las devotas congregaciones de religiosos (en lugar de estas palabras la iglesia ha sustituido por el devoto sexo femenino); y todos los que te invocan, experimenten tu favorable asistencia.» S. Efren la llama (2) el muro de los fieles, la salud del mundo, el propiciatorio de los afligidos. S. Buenaventura no sabe ya qué títulos darle en el himno que le canta á imitacion del *Te Deum* (3). La llama la fortaleza de los que pelean, la abogada de los pobres, el refugio de los pecadores, el puerto de los náufragos, el alivio y consuelo de los desgraciados, la ayuda de los que perecen, la que hace aprovechar á los justos y vuelve al camino recto los extraviados. En fin figurémonos todas las gracias que se encierran en las arcas de los ahorros, y no hallaremos ninguna cuya llave no guarde Maria. ¿No adivinan mis lectores al leer esto la grandeza y el vasto poder de nuestra señora? Aunque en un instante le envien súplicas y peticiones de todos los lugares de la tierra; aunque tenga que tratar al mismo tiempo millares de millares de causas, diferentes unas de otras; aunque interceda, consiga, y libre las cédulas de concesion juntamente; ella envia comisionados á los diversos paises los espíritus bienaventurados, que están siempre prontos á recibir sus órdenes lo mismo que las de Dios, y todo lo

(1) Serm. 48 de sanctis.

(2) Tract. de laudib. Virg.

(3) Orat. de laudib. Virg.

despacha con extraordinaria serenidad, sin trabajo ni congoja alguna. ¿No es esto imitar en cuanto puede una criatura la infinita grandeza del entendimiento divino? ¿No es para pasmar al cielo y á la tierra? ¿No es para bendecir por siempre al que se complació en hacer una criatura tan distinguida?

*Tercera excelencia.*

IV. La tercera excelencia de su intercesion puede descubrirse en la capacidad sin igual con que desempeña este oficio, porque aunque todo cuanto acabo de decir, pueda referirse á su suficiencia para cumplir dignamente el oficio de abogada, no obstante no puedo omitir su sabiduría y profundo conocimiento. No hay duda de que Dios la llenó de ciencia y que ella tiene toda la que se necesita para resolver en el acto todas las dificultades que pueden ofrecerse. La iglesia lo cree así y le aplica aquellas palabras del capítulo último de los Proverbios: «Abrió su boca á la sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua.» Tómese como se quiera: dígase que su boca es la ley misma, porque todo lo que sale de ella, es un oráculo y como una suma de sabiduría: dígase que la ley está en su boca, porque ella hace la ley hablando, y porque de su boca salen los decretos y resoluciones, pues no ha dicho nunca nada que no haya sido aprobado por Dios. Pero notemos y admiremos que las leyes que salen de su boca, son todas de clemencia, porque ella se ajusta de tal suerte al punto de la justicia, que la encuentra siempre en la clemencia, y de tal suerte sostiene el partido de la benignidad, que no sale nunca de la regla de la equidad. ¡Oh qué obligados estamos á tal abogada, de quien podemos decir con mucha mas razon que S. Pablo de aquellos á quienes ha puesto Dios por medianeros en la tierra: que puso en ellos la palabra de la reconcilia-

cion (1)! porque solo Dios conoce los buenos oficios que María hace á los hombres casi en todos los instantes de su vida. ¡Cuántas veces habiendo alargado Dios el brazo para castigarnos en nuestros cuerpos, en nuestros bienes, en los que nos tocan, en nuestras almas, en nuestra propia salvacion, ha opuesto ella la dulce palabra de reconciliacion y detenido la mano justiciera del Señor! Estos son ahora despachos cerrados para nosotros, que se abrirán algun dia en el cielo para darnos motivo de amarla y honrarla por siempre.

*Cuarta excelencia.*

V. La cuarta excelencia se ve en su afabilidad y en el amoroso recibimiento que hace á cuantos tienen que tratar con ella algun asunto. No hay en el mundo una comunicacion mas amable y halagüena que la suya. Consideremos qué es lo que movió á S. Efren á llamarla la única esperanza de los cristianos despues de Dios, y á S. Epifanio á decir que ella es la única confianza que tenemos para acudir al Señor. De esto tuvo conocimiento la gloriosa santa Gertrudis. Asistiendo al oficio de completas el dia de la natividad de nuestra señora, como redoblase su fervor é implorase la asistencia de esta abogada poderosísima, al llegar á aquellas palabras de la Salve: *Eja ergo, advocata nostra*; le pareció que nuestra señora era atraída hácia ella con unos cordeles muy fuertes y que no podia resistir á la dulce violencia que le hacia aquella antifona. Por aquí entendió la santa que en cuanto la Virgen es apellidada abogada, se conmueven sus entrañas, y no puede menos de otorgar lo que se le pide. Cuando se decian aquellas palabras: *Illos tuos misericordes oculos ad nos convertit*; vió la santa que la Virgen

(1) II ad cor. V.

cogió cariñosamente la cabeza del Salvador y la inclinó hácia la tierra diciendo: Ve aquí mis ojos misericordiosos, que acostumbro volver hácia los que recurren á mí. Entonces nuestro Señor mandó á santa Gertrudis que dijese estas mismas palabras á lo menos una vez al día, y que estuviese cierta de que á la hora de la muerte recibiría particularísimo consuelo.

*Quinta excelencia.*

VI. La última excelencia de su intercesion se conoce por el valimiento que tiene con Dios; valimiento tan notable, que no hay asunto tan difícil, ni empresa tan árdua á que no dé feliz cima. Esto consideraba S. Antonino cuando comparaba (1) á la Virgen con aquella mujer que hizo resolver á David á admitir en su gracia á Absalon, con quien estaba enojado; cosa que nadie habia podido conseguir, por mas instancias que se hicieron al rey. De donde quiere el santo sacar la consecuencia de que María logrará todo lo que los otros santos hayan intentado en balde. El insigne teólogo Suarez sienta una proposicion muy importante para nuestro objeto; á saber, que si pudiese acontecer (á lo menos podemos concebirlo asi) que se dividiera el cielo y hubiera diversidad de pareceres sobre algun asunto, formando la Virgen sola un partido y todos los restantes espíritus bienaventurados otro, triunfaria ella sin dificultad (2). Esto se funda en lo que se ha concluido en el tratado anterior sobre la eminencia de su gracia y su gloria y por consiguiente de su valimiento, superior al de todos los demas santos. Diré mas: que si todas las

(1) Part. 4, tit. 45, cap. 4, §. 7. (2) Tom. 4 in 3 part., disp. 23, c. 2.

estrellas del firmamento, todas las hojas de los árboles, todas las piedras del campo, todas las arenas que hay en la orilla del mar, se convirtieran en intercesores y abogados, no producirian todos juntos el efecto que hace la madre de Dios sola. ¿No es esto decir claramente que Dios le ha dado una buena parte de su omnipotencia? El sabio S. Anselmo parece lo asegura cuando dice (1): «Dios te ensalzó de tal suerte, oh santa señora, que quiso que todas las cosas te fuesen posibles con él. No tienes mas que querer, y nada se opondrá á tu voluntad; nada hallarás imposible.» ¿No parece que se habla del infinito poder de Dios y del dominio absoluto que tiene sobre todas sus criaturas, en razon del cual le basta querer para que al punto se haga todo lo que quiere? ¿Cuántas veces se ha oido á los demonios por boca de los posesos maldecir al cielo y á la tierra y desesperarse, porque eran forzados á llamarla omnipotente y á confesar muy á pesar suyo que puede todo lo que quiere!

VII. Parece que es imposible ir mas allá; no obstante tengo que decir dos palabras en honor del que se complace en hacerla tan grande. El mismo S. Anselmo afirma (2) que muchas veces conseguimos mas fácil y prontamente lo que pedimos por intercesion de María, que lo que queremos alcanzar por la intercesion misma del Salvador. No pretende el santo con esto poner en paralelo los méritos de nuestra señora y los de su divino hijo, porque no lo permite la fe, sino quiere dar á entender que Dios se complace tanto en engrandecerla, que por fineza otorga á la recomendacion de ella lo que no otorgaría á su propio hijo. ¿Quién murmura de esto? Los demonios y sus satélites. ¿Quién tiene motivo de quejarse, cuando Dios lo quiere y lo manda

(1) De excellent. Virg., c. 12. (2) Ibid. c. 6.

asi, y el Salvador, cuyo valimiento pudiera parecer en algun modo interesado, consiente en ello con todo su afecto, siendo mas zeloso del honor de su madre que del suyo propio? Un rey ¿no negará á veces á su hijo lo que conceda á un valido, sin que aquel, siendo de buena indole, se ofenda, ni nadie tenga derecho de vituperarlo? Confieso que estos favores son grandes y á las veces parecen desmedidos á nuestros limitados entendimientos; pero debemos sujetarlos al yugo de los decretos de Dios y venerar lo que no podemos comprender.

VIII. Seria fácil presentar muchas pruebas del valimiento sin igual de la Virgen; pero siendo mi designio contenerme por ahora en los términos generales de la iglesia sin descender á los efectos que tantas personas en particular han experimentado de su intercesion, me contentaré con proponer dos solamente. Leemos en la vida de santa Lutgarda de Brabante, virgen de una santidad singular, que por los años de 1207 cuando mas furiosos estaban los albigenses, se le apareció la virgen Maria vestida de luto, llorosa, triste, abatida y taciturna, mostrando tener tan oprimido el corazon, que casi no podia hablar. Nó obstante la piadosa doncella se atrevió á preguntarle la causa de tanta tristeza, y la Señora le respondió que los herejes y los malos cristianos habian intentado escupir otra vez á su hijo en el rostro y sacrificarle de nuevo; y que así para aplacar la ira de Dios, que habia resuelto castigar al mundo, era preciso que ella ayunase siete años á pan y agua, como lo hizo. Seria difícil decir cuántas veces vió santa Brigida á la misma abogada de los hombres pedir por ellos é interceder para que Dios no vengase las ofensas de los pecadores. S. Antonino refiere como testigo ocular que el año 1399 nuestro Señor, que se ha comunicado siempre con mas gusto á las almas sen-

cillas que á las otras, se apareció con su santísima madre no lejos de una fuente á un buen lugareño que llevaba tres panes, y le mandó arrojarlos á la fuente en señal de que queria exterminar el mundo dividido en tres partes principales y representado por los tres panes. Pero al punto acudió la Virgen para estorbar que ejecutase aquel mandato. En virtud de este lance se vuelve el lugareño al Salvador y le cuenta la oposicion de su madre, la cual echándose á los pies de Jesucristo le suplica temple su justa ira y dé tiempo á los hombres para hacer penitencia. Al fin consigue á fuerza de súplicas que el Señor se contente con mandar echar al agua un pan, y ordena al lugareño que haga entender á los pastores del pueblo cristiano que se dispongan todos á la penitencia, que se celebren procesiones con traje de penitentes y que se reconcilien todos con Dios. «Quien no haya visto el efecto de las palabras de aquel hombre (continúa el santo arzobispo de Florencia), no lo creerá; pero nosotros que hemos visto por nuestros ojos el concurso de los pueblos, las devociones públicas, la frecuencia extraordinaria de sacramentos, creemos que no ha habido nunca cosa igual. Mas lo que manifestó mejor la verdad de la aparicion, fué la peste casi general que se padeció al año siguiente y de la que perecieron la tercera parte á lo menos de los habitantes.» No es probable que se hubiese obrado tan gran contricion en los corazones de los hombres, si Dios no hubiera trabajado extraordinariamente, y menos aun, que un varon dotado de tan eminentes prendas como S. Antonino quisiese fingir haber visto lo que no habia sucedido. Esto me confirma mas y mas en la creencia que tengo de que es imponderable lo que debe el mundo á la madre de Dios, y que por mas que hagamos, nunca la pagaremos como merece; pero sea á lo menos lo mejor que podamos, especialmente porque mediante este agra-

decimiento se duplicarán los frutos que podemos esperar de su intercesion.

§. IV.—Que la Virgen santísima fué singularmente escogida por Dios para hacer el oficio de medianera con su hijo.

I. S. Pedro Damiano hace una excelente consideracion sobre el trono de Salomon, que fué una obra acabada digna del talento de este monarca. Nota el santo cardenal que la sagrada escritura da tres nombres al famoso rey de Judá; á saber, Salomon, que equivale á pacífico, Eclesiástes, que significa predicador, é Idida, que quiere decir el glorioso, y que el trono no fué hecho ni por el predicador, ni por el glorioso, sino por el pacífico, para darnos á entender que la sagrada humanidad del Salvador figurada por dicho trono era un asilo de paz y un refugio seguro para los hombres (1). S. Pablo nos convida á acercarnos á este trono con toda confianza y nos da palabra de que no saldremos mal despachados. Con todo S. Bernardo nos advierte muy prudentemente que aunque el Salvador haga en el cielo el oficio de medianero, no deja de ser juez; calidad que le hace temible á los que se reconocen reos por testimonio de su misma conciencia. Para remediarlo Dios quiso por su infinita bondad establecer en el cielo una silla de pura clemencia, que no estuviese nunca rodeada de alguaciles y ministros de justicia, que no tuviese traza alguna de severidad ni de terror y no fuese sospechosa á los pobres pecadores. El santo lo declara con una gracia particular y para quitar toda desconfianza lo reitera en diferentes lugares y de diversas maneras.

II. En un sermón sobre la natividad de la Virgen, á

(1) Serm. 2 de nativ. B. Virg.

quien llama el canal de la gracia, dice (1): «Tal vez teniamos miedo de acercarnos al Padre eterno; su sola palabra nos hacia temblar; y corriamos como el pobre Adam á taparnos con la hoja de la higuera. Por esta causa nos deparó un medianero, que es su hijo amado. ¿Qué cosa no alcanzará tal hijo de tal padre? Sin duda entrarán en cuenta su mérito y la dignidad de su persona. Mas quizá nos ofusca el resplandor de su divina majestad y nos quita la resolucion para acercarnos á él, porque aunque se hizo hombre, no dejó de ser Dios, y querriamos tener alguna abogada que nos sacase de temores y dudas y nos sirviese de introductora y medianera cuando nos presentamos á él. Por eso no quede: acudamos resueltamente á María y hallaremos en ella nuestra humanidad toda pura no solo de la mancha del pecado, sino de toda composicion de naturaleza. Estemos ciertos de que se atenderá á la calidad de su persona y no se le dará repulsa. La madre no puede ser mal despachada por su hijo y mucho menos este por su padre. Hijos míos, ved ahí la escala por donde es preciso que suban los pecadores; ved ahí el único sosten de mi confianza; porque ¿cómo el hijo ha de dar repulsa á su madre ó no ha de ser oído de su padre? Yo me atengo á la indudable palabra del ángel, que me dice que María halló gracia delante del Señor y me persuade á que esa gracia es la única que necesitamos.»

III. En el excelente discurso que compuso sobre la vision del capítulo XII del Apocalipsis, habla así: «Es verdad que recibimos de la mano del Padre un poderoso y fiel medianero; pero la majestad de Dios que se manifiesta en él, nos espanta. Parece que su sagrada humanidad es como absorbida en la divinidad, no porque se al-

(1) Serm. de aquæ ductu seu de nativ. B. Virg.

tere la sustancia de ella, sino porque estan divinizadas todos sus afectos. Donde quiera se predica su misericordia; pero tambien se proclama su justicia, y aunque sepamos que la experiencia que tiene de nuestras miserias, le ha formado un corazon compasivo de nuestros males, no por eso dejamos de decir que su padre le ha nombrado juez con absoluto poderio. En fin pues nuestro Dios es un fuego voraz, ¿por qué no ha de temer el pecador derretirse en su divina presencia como la cera junto á la lumbre? Así nuestra desconfianza se alentará grandemente con una medianera. Y á decir verdad no conozco otra mas deseable para los hombres, ni mas accesible á los pecadores que María; porque en ella no puede mostrarse nada que amedrente á la fragilidad humana, ni advertiremos nada que huela á rigor ó austeridad: todo es en ella dulzura. Repasemos la historia evangélica, y si descubrimos el menor vestigio de desabrimiento ó de indignacion, consiento en que os sea sospechosa y os acerqueis á ella con temor y temblor. Si al contrario hallais que no respira mas que bondad y mansedumbre, acordáos de que lo debeis al que os proporcionó tal medianera. En una palabra vedla rodeada del sol para manifestarnos que es por parentesco é imitacion la hija de aquel Dios, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos. Considerad que tiene la luna á los pies, es decir, que tiene la iglesia bajo de su proteccion: esta iglesia toma toda su luz de su esposo como la luna del sol. Postrémonos pues delante de ella abrazando sus sagrados pies y no la soltemos hasta recibir su celestial bendicion. Toda potestad le ha sido dada del cielo, porque es el verdadero vellocino que está entre el rocío y la tierra, y la mujer que está entre el sol y la luna, es decir, entre el Salvador y la iglesia.» Ve ahí el discurso de uno de los mas devotos siervos de la madre de Dios, con el que concuerda admirablemente este pasaje de Hugo de S. Vic-

tor: «Si temeis presentaros delante de Dios; no tengais miedo de acudir á María, en quien no hallareis nada que os dé temor. Acercaos á ella como á vuestra parienta, porque enteramente es de la misma naturaleza que vosotros.»

IV. Pero porque no basta la clemencia sola para ser medianera perfecta, sino que es necesario que la ayude el poder, veamos cómo Dios la dotó liberalmente de él.

§. V.—Del poder de nuestra medianera proveniente de sus propios méritos.

I. Como solo Dios puede engrandecer á sus criaturas, cuando pone la mano en ellas, da bien á conocer que es él. En virtud de esta consideracion hablaba así á la Virgen S. German de Constantinopla (1): «Todo lo que mira á tí, oh santa señora, es excelente; todo es grande y levantado sobre nuestros entendimientos; el poder que tienes con tu hijo, excede cuanto podemos comprender.» Del mismo modo de pensar provenian estas palabras de Jorge de Nicomedia (2): «Si nos queda alguna esperanza de llegar al cielo, se funda en tí, de quien esperamos la ayuda y socorro que necesitamos. Y como es menester que nuestras disculpas pasen por tu boca para ser admisibles, de nada nos gloriamos tanto como de que te dignes de aceptar nuestra confianza. Así haz decretar nuestros memoriales, porque puedes: no hay medio de resistir á tus peticiones, ni de oponerse á tu poderosa intercesion, porque el que nació de tí, emprendió el ensalzarnos sobre todas las obras de sus manos.» El que quisiese hacer un estudio particular de las proposiciones de estos dos siervos de la Virgen, hallaria que estriban en dos fundamentos muy sólidos, es decir, en los

(1) Orat. de zona B. Virg.

(2) Orat. de oblat. Virg.